

# Las pinturas góticas de la ermita de Nuestra Señora de la Huerta de Ademuz

La ermita de Nuestra Señora de la Huerta constituye el edificio histórico con más solera de los que aún conserva en pie la villa de Ademuz. A su incuestionable antigüedad hay que unir la especial vinculación y afecto que los propios ademuceros tienen hacia ella. El atractivo que encierra la hace, además, uno de los templos más frecuentados por visitantes y turistas, junto a la iglesia arciprestal de san Pedro y san Pablo.

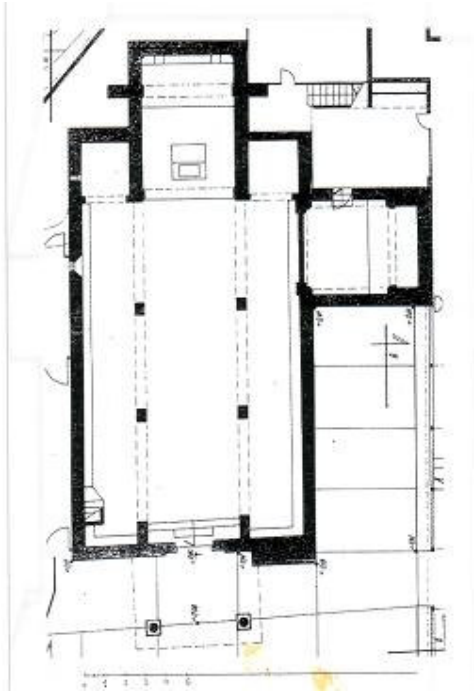
A pesar de esa importancia, ha sido un edificio poco estudiado por los historiadores del arte. Desde que en 1996 apareciese mi primer artículo en esta revista, dedicado precisamente a la ermita de la Huerta<sup>1</sup>, no obstante, hemos podido incrementar sensiblemente el nivel de conocimiento del pasado histórico del edificio, fruto de una década de investigación transcurrida ya desde entonces.

Tradicionalmente se ha asociado su erección con los momentos inmediatos a la conquista cristiana del siglo XIII, en tiempos de Jaime I, ello sin fundamento documental conocido. En la actualidad, esta cronología habría que retrasarla ligeramente, ya que los primeros indicios de su existencia remontarían al siglo XIV. Con todo, sus modos constructivos derivan claramente del tipo de arquitectura practicado en la época de la conquista del siglo XIII, si bien estas maneras de construir se prolongarían en la comarca por varios siglos, por lo económica y eficiente que resultaba. El cuerpo de la ermita consta de tres naves, la central el doble de ancha que las laterales, configuradas por dos series longitudinales de arcos góticos de cantería. Sobre éstos y sobre los paramentos exteriores se asienta directamente la cubierta de madera, a dos aguas. La ermita de la Huerta

---

<sup>1</sup> ESLAVA BLASCO, R.: "La ermita de la Virgen de la Huerta de Ademuz y su evolución a través del tiempo". En *Ababol*, nº 5. Ademuz, 1996. Pp. 18-24.

carece, pues, de arcos diafragma, transversales al eje principal del edificio, el rasgo más característico de los llamados *templos de conquista*<sup>2</sup>.



Planta de la ermita de Nuestra Señora de la Huerta de Ademuz (Según Francisco Cervera)

Sobre este núcleo medieval, la ermita fue ampliando su espacio en siglos sucesivos. Así, las dos capillas colaterales al presbiterio –la de la familia de los Visiedo y la de los Arguedas<sup>3</sup>- tomaron forma en las postrimerías del siglo XVI, si bien redecoradas en el siglo siguiente. El mismo presbiterio, tal como lo conocemos hoy, con su alegre y luminosa cúpula sobre pechinas, es el resultado de una profunda ampliación llevada a cabo en plena época barroca y que fue concluida en 1673. Por las

mismas fechas fue erigido el magnífico retablo mayor, que en 1681 todavía estaba por dorar<sup>4</sup>. Finalmente, la capilla de san Antón, abierta en el muro sur del templo, constituyó el último añadido de alcance en la vieja ermita: aunque fue erigida ya en el siglo XVIII, reproduce en gran medida la idea espacial del presbiterio pues su planta es similar y consta también de cúpula sobre pechinas.

Con posterioridad al siglo XVIII la mayor transformación del edificio afectó a su decoración interior. Efectivamente, mediado el siglo XIX su interior fue redecorado; en el presbiterio se eliminaron los bellos esgrafiados barrocos en tonos blancos y rosados que cubrían la práctica totalidad del espacio<sup>5</sup>, sustituyéndolos por unas pinturas acordes con la

<sup>2</sup> El concepto espacial resultante aquí –cercano al concepto basilical de tres naves- difiere bastante de las verdaderas *iglesias de conquista*, que tienden a configurar sólo una ancha nave, con capillas laterales entre los contrafuertes que sustentan los arcos diafragma.

<sup>3</sup> Se trata de dos pequeñas capillas cubiertas con bóvedas góticas. La del lado del Evangelio constituyó el panteón de los Martínez de Visiedo, familia de notables de la villa. La del lado de la Epístola tuvo como patronos a los no menos destacados Fernández de Arguedas. Alguno de sus miembros estuvo relacionado con la orden de Montesa, como Francisco Fernández de Arguedas que fue *baile quartario* de la orden y que en la documentación de finales del siglo XVI se le da el tratamiento de *magnífico Arguedas, mercader*. Ello explica la inclusión de la cruz de esta orden de caballería en el frontón que corona el acceso a su capilla familiar de la ermita de la Huerta.

<sup>4</sup> ESLAVA BLASCO, R.: “La tabla de la Virgen de la Leche de Ademuz”. En *Ababol*, nº 19. Ademuz, 1999. P. 27.

<sup>5</sup> De esta admirable técnica decorativa todavía quedan restos muy bien conservados en el friso del presbiterio, así como en los muros, aunque de éstos últimos sólo se intuye las incisiones de su primitivo dibujo.

estética decimonónica: paneles de gusto neopompeyano del momento. Los arcos y muros de las naves también fueron cubiertos por una decoración similar aunque de carácter mucho más popular y no tan meritoria, ocultando bajo ellas las pinturas medievales originales, así como el bello trabajo de cantería de los arcos.

De todos estos momentos estéticos por los que atravesó la ermita de la Huerta, y que hemos repasado de manera muy sucinta, el menos conocido es, sin duda, el de sus primeros tiempos de andadura, por la escasez de documentación que existe en torno a ella. No obstante, el reciente descubrimiento de una pequeña parte de las pinturas que ornaron originalmente sus muros va a contribuir ciertamente a arrojar más luz sobre cómo fueron los momentos iniciales de nuestra ermita.

## **Las antiguas pinturas murales de Nuestra Señora de la Huerta**

Ya desde hace unas décadas permanecía parcialmente al descubierto una pintura mural en el interior de la ermita de Nuestra Señora de la Huerta cuyo aspecto parecía revelar una antigüedad considerable. La obra fue sacada a la luz por métodos poco ortodoxos –a golpe de picoleta- al tiempo de la construcción del colindante instituto de enseñanza secundaria, época en la que se intervino también en las cubiertas y en el firme del eremitorio.

Quizá animado por el descubrimiento, el anónimo autor de esa pequeña “repristinación”, intentó levantar la capa de yeso en diversas zonas estratégicas de los arcos góticos con el evidente afán de hallar nuevas pinturas. Fue ésta una intervención agresiva y que dañó puntualmente las obras pictóricas. Sin embargo, como no hay mal que por bien no venga, la acción puso en evidencia que el interior de la ermita de la Huerta estuvo decorado originalmente con una serie de pinturas murales, cuyos restos se adivinaban en ciertas zonas. Pinturas que, como veremos más adelante, hoy son consideradas de gran valor, no únicamente por su considerable antigüedad sino también por los escasos ejemplos que se conservan en el ámbito valenciano.

El alcance de las decoraciones pictóricas originales era entonces de difícil evaluación, pues la práctica totalidad de los arcos se hallaba todavía cubierta por la capa de yeso. No obstante, la existencia de, al menos, dos figuras, era incuestionable. Sendas representaciones se hallaban situadas en el intradós de la pareja de arcos centrales de la nave principal. La del lado de la Epístola sólo se intuía en su parte inferior, pues en buena medida permanecía oculta. Sin embargo, la efigie del lado del Evangelio estaba casi completamente descubierta y su aspecto se revelaba sumamente

interesante. Se trataba de una figura femenina ataviada con manto rojo, larguísimos cabellos y unas estilizadas manos que sostenían un frasco. Con estos pocos detalles ya en esos momentos concluí que probablemente se tratase de una representación de María Magdalena, entre cuyos atributos se encuentran la larga cabellera y el frasco de ungüentos.

Afortunadamente, desde hace unos meses, la Conselleria de Cultura



está llevando a cabo en el interior de la ermita de la Huerta una serie de trabajos con el objeto de valorar el alcance de sus pinturas murales. En el curso de esos trabajos, el pasado día 8 de abril, víspera del Domingo de Ramos, fue descubierta al completo la figura femenina que acabamos de mencionar, confirmando, como veremos más adelante, lo que hasta ahora habíamos sospechado: se trata de una representación de María Magdalena.

El técnico Joaquín Val Calvete, durante los trabajos de restauración del arco. Ermita de Nuestra Señora de la Huerta. Ademuz.

## **La figura de María Magdalena: entre la historia y la leyenda**

A pesar de contar con escasísimas apariciones en los textos bíblicos, María de Magdala constituye uno de los personajes de la historia sagrada del Cristianismo que más especulaciones y literatura ha generado. Quizá los motivos de ello se hallen en su cercanía a la figura de Jesús, en los momentos clave de su pasión, muerte y resurrección, así como en los pocos datos ciertos que sabemos en torno a su figura, que no ha hecho sino estimular la imaginación de hagiógrafos, estudiosos y escritores. Lo cierto es que nuestra Magdalena es el resultado de siglos de literatura, literatura que no ha hecho sino fundir varias personalidades –al menos tres féminas distintas- en una sola: María Magdalena.

Magdala fue su ciudad natal, población muy cercana a Cafarnaum, a orillas del lago Tiberiades, escenario por el que discurrió la vida de predicación de Cristo. María Magdalena pronto se convirtió en su seguidora, especialmente después de que Jesús expulsase siete demonios de su cuerpo. Ella, junto a otras mujeres de la misma condición, se encargaba de proveer de alimento y vestido a Cristo y sus discípulos, como afirma el Evangelio de Lucas<sup>6</sup>:

---

<sup>6</sup> Lc 8, 1-3. Para las citas bíblicas se ha utilizado la siguiente edición: *Sagrada Biblia*. Versión directa de las lenguas originales por Eloiño Nacar Fuster y Alberto Colunga Cueto O. P. Madrid, 1984. P. 1312.

Yendo por ciudades y aldeas, predicaba y evangelizaba el reino de Dios. Le acompañaban los doce y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y de enfermedades. María llamada Magdalena, de la cual habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes y Susana y otras varias, que le servían de sus bienes.

Desde entonces, los Evangelios nos presentan a la Magdalena como una mujer muy ligada a Jesucristo, especialmente en los últimos días de vida de éste. Así, ella aparece a los pies de la cruz en la que agoniza el Nazareno, acompañando su sufrimiento y siendo testigo de su muerte. Así nos lo describe Marcos<sup>7</sup>:

Jesús, dando una voz fuerte, expiró. [...] Había también unas mujeres que de lejos le miraban, entre las cuales estaba María Magdalena, y María la madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé, las cuales cuando Él estaba en Galilea, le seguían y le servían, y otras muchas que habían subido con Él a Jerusalén.

Testigo fue también de su entierro, como atestiguan los textos de Mateo<sup>8</sup>:

Llegada la tarde, vino un hombre rico de Arimatea, de nombre José, discípulo de Jesús. Se presentó a Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilatos entonces ordenó que le fuese entregado. Él, tomando el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo depositó en su propio sepulcro, del todo nuevo, que había sido excavado en la peña, y corriendo una piedra grande a la puerta del sepulcro, se fue. Estaban allí María Magdalena y la otra María sentadas frente al sepulcro.

La mañana de Pascua María Magdalena sería una de las que descubriría el sepulcro de Cristo vacío, al acudir a él varias mujeres provistas de ungüentos para embalsamar el cuerpo<sup>9</sup>:

Pasado el sábado, María Magdalena, y María la de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a ungrile. [...] Se decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del monumento? Y mirando, vieron que la piedra estaba removida; era muy grande. Entrando en el monumento, vieron un joven sentado a la derecha, vestido de una túnica blanca, y quedaron sobrecogidas de espanto. Él les dijo: No os asustéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el sitio en el que le pusieron [...]

---

<sup>7</sup> Mc 15, 37-41. *Op. Cit.* P. 1297.

<sup>8</sup> Mt 27, 57-61. *Op. Cit.* P. 1271.

<sup>9</sup> Mc 16, 1-6. *Op. Cit.* Pp. 1297-98.

De la importancia que se le confiere a María Magdalena en las Escrituras es prueba el hecho que sea ella la primera en ver a Jesús resucitado<sup>10</sup>:

María se quedó junto al monumento, fuera, llorando. [...] se volvió para atrás y vio a Jesús que estaba allí, pero no conoció que fuese Jesús. Díjole Jesús: Mujer, ¿Por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si le has llevado tú, dime dónde le has puesto, y yo le tomaré. Díjole Jesús: ¡María! Ella, volviéndose, le dijo en hebreo: Rabboni!, que quiere decir Maestro. Jesús le dijo: No me abras, porque aún no he subido al Padre [...] María Magdalena fue a anunciar a los discípulos: “He visto al Señor”, y las cosas que le había dicho.

Desde aquí la pista de María Magdalena en las Sagradas Escrituras se pierde. Y comienza la leyenda. Para unos, la Magdalena huyó de Galilea y fue escondida. Para otros, se embarcó, junto a varias mujeres más, llegando a las costas del sur de Francia. Ello explicaría la gran tradición devocional que en el Languedoc francés existe desde la Edad Media hacia esta advocación<sup>11</sup>, especialmente en Vézelay y Aix-en-Provence.

Pronto hagiógrafos, teólogos y escritores se pusieron manos a la obra, perfilando con el tiempo la personalidad de una de las féminas bíblicas más atrayentes. Tempranamente se identificó a María Magdalena como la pecadora que entra en casa del fariseo Simón y unge con perfumes, con su cabello y con sus propias lágrimas de arrepentimiento los pies de Jesús y a la cual éste otorga el perdón de sus pecados<sup>12</sup>. Esta identificación se consolidó especialmente a partir de un célebre sermón escrito por Gregorio Magno en el año 590, en el que señalaba a María Magdalena como la mujer de vida disoluta, meretriz y prostituta, que es redimida por Cristo. Desde entonces la Magdalena pasó a ser una imagen de penitente, modelo de pecadora arrepentida, ejemplo de redención, y su culto se popularizó enormemente a lo largo de toda la Edad Media.

---

<sup>10</sup> Jn 20, 11-18. *Op. Cit.* P. 1374.

<sup>11</sup> Literatura más o menos reciente afirma que María Magdalena dio origen a una estirpe, emparentada con los reyes merovingios, cuyos descendientes fueron custodiados por los Templarios y por los Cátaros del Languedoc francés. Estas últimas conexiones forman parte de la leyenda, especulaciones que dejamos en manos de los escritores americanos, ya que éstos son tan hábiles en el campo de la especulación como en el de hacer negocio con éstas.

<sup>12</sup> Lc 7, 36-50. *Op. Cit.* Pp. 1311-1312. Lucas habla simplemente de una pecadora arrepentida, sin mencionar que se trate de la Magdalena, personaje que sí aparece en el capítulo siguiente (véase nota 6). Los hagiógrafos medievales pronto determinarían que ambos personajes eran el mismo.

A causa de estas y otras contaminaciones en el perfil hagiográfico de María Magdalena<sup>13</sup>, el arte medieval la representaría habitualmente con cabellos largos muy llamativos, símbolo de la vanidad, y a menudo ricamente ataviada, en alusión a esa misma vanidad. El atributo iconográfico que no falta en las representaciones de la Magdalena es el frasco de bálsamos con el que presumiblemente ungió los pies de Jesús en el banquete de Simón y con el se disponía a hacer lo propio con el cuerpo de Cristo muerto y que, en este último sentido, es el atributo más adecuado desde el punto de vista estrictamente bíblico.

La extendida devoción por María Magdalena desde la Edad Media se plasmó en numerosísimos patronazgos. Precisamente el vaso de perfumes con los que ungió a Cristo la hizo rápidamente patrona de los fabricantes de esencias y perfumeros<sup>14</sup>. Sus cabellos largos y rubios, le valieron también la devoción de peluqueros. Incluso los hortelanos participaban de esta devoción, pues no hay que olvidar que Cristo resucitado se apareció por primera vez a la Magdalena con la trivial apariencia de un hortelano, como nos relata el Evangelio de Juan<sup>15</sup>.

María Magdalena no fue, por el contrario, una santa curadora. No obstante, se erigió en protectora de ciertos grupos del lumpen social. En este sentido, a ella se encomendaban habitualmente presos y condenados que, una vez liberados, le ofrecían sus cadenas como exvoto. Pero, sobre todo, fue la patrona de prostitutas, meretrices y mujeres de vida disoluta que, una vez arrepentidas, se ponían bajo su protección. Efectivamente, si algo significó la figura de María Magdalena para el creyente del pasado fue, sin duda, un ejemplo de penitencia y arrepentimiento, modelo de pecadora redimida mediante la penitencia y la fe en la salvación, especialmente en época posmedieval.

En definitiva, las representaciones aisladas de María Magdalena se pueden reducir a dos tipos: la de la unción de perfumes y la arrepentida. La primera aparece siempre ricamente vestida y con el vaso de perfumes en sus manos. La segunda se suele representar desnuda mientras medita cerca de sus atributos: una calavera y una cruz. El arte medieval tuvo predilección por la Magdalena perfumadora, mientras que desde el siglo XVII (contrarreforma y barroco) se representó y explotó en abundancia la versión de la Magdalena arrepentida.

---

<sup>13</sup> A mediados del siglo XIII esas contaminaciones estaban ya plenamente asimiladas como lo demuestran los textos de *La Leyenda Áurea*, obra que dedica varias páginas a las andanzas de María Magdalena por el Languedoc francés. VORAGINE, J.: *La Légende Dorée*. París, 1967. Pp. 456-466.

<sup>14</sup> Por extensión, también fue patrona de los fabricantes de guantes ya que, hasta el siglo XVI, la gente pudiente acostumbraba a usar guantes perfumados.

<sup>15</sup> Este patronazgo, el de los hortelanos, cobraría todo su sentido en la ermita de Nuestra Señora de la Huerta de Ademuz.

## **La representación de María Magdalena de Ademuz y la devoción local**

La imagen de María Magdalena de la ermita de la Huerta de Ademuz, a fecha de hoy ya completamente sacada a la luz y convenientemente restaurada, proviene de la iconografía medieval que acabamos de relatar: la Magdalena perfumadora.

Se trata de una figura erecta, ataviada con túnica oscura pero estampada con flores de llamativo color y cubierta con un rico manto rojo adornado de manera similar y recogido por la parte izquierda. En la mano derecha exhibe su atributo más característico: el frasco de ungüentos. Presenta un bello rostro ovalado, con larguísimos cabellos rubios que se prolongan por ambos lados del cuerpo hacia la parte baja, así como un fino collar de cuentas rojas y negras ceñido al cuello. Las ricas vestiduras, la larga cabellera y el collar simbolizan la vanidad mundana y se presentan como testigos de su pasada vida disoluta. Todos estos elementos, unidos a la actitud amable del personaje, hacen que se asemeje a una cortesana de la época, si no fuese por el nimbo que rodea su cabeza, indicador inequívoco de su santidad.

La efigie, que destaca sobre un pálido fondo gris azulado, se halla enmarcada en su parte superior por un remate almenado en vivos tonos anaranjados y ocre: sucinta arquitectura a modo de dosel que alude al lugar de origen de María, la población de Magdala, en tiempos de Cristo fortificada con un castillo. Finalmente, por si todavía existiese alguna duda acerca de la personalidad de la figura representada, toda la composición pictórica queda coronada con una inscripción en letras góticas negras que reza: MAGDALENA.

Por lo que respecta a la adscripción estilística de la obra, originalmente se tuvo por un ejemplo de pintura del gótico lineal. Catalá Gorgues, a la vista de la figura incompleta, ya la consideró hace algunas décadas en la misma órbita de otros escasísimos ejemplos valencianos de pintura mural del siglo XIV como los existentes en la iglesia de la Sang de Lliria, en sant Feliu de Xàtiva o en la sacristía de la catedral de Valencia. Sin embargo, después de la restauración llevada a cabo recientemente, esta cronología debería, a nuestro juicio, retrasarse sustancialmente, situándose no antes de mediados del siglo XV. Diversos detalles como el cabello recogido que se expande en largos mechones pegados al cuerpo, ciertos pliegues de aspecto acartonado al modo flamenco, así como el volumen y la pesadez de esas vestiduras que dan empaque a la figura están en consonancia con la pintura que por esas fechas se solía realizar en retablos de influencia flamenca, si bien enraizada todavía en el gótico internacional. Y aquí estaríamos ante una peculiaridad de la pintura de Ademuz: en unas fechas en las que el uso del retablo ya hace mucho tiempo que está



plenamente difundido, encontramos una pintura parietal que refleja los modos flamencos de la pintura en tabla del momento, como bien ejemplifica la magnífica *Virgen de la Leche con donante* de Bertomeu Baró que desde el último tercio del siglo XV presidió el altar mayor de la ermita de la Huerta. Más allá del “flamenquismo” de ambas obras es difícil encontrar paralelismos, si bien Baró también es muy dado a enmarcar sus figuras en arquitecturas, incluso dotar con fondo azulado las mismas, como ocurre en su *Virgen con donantes* del Museo de Bellas Artes de Bilbao<sup>16</sup>. Por el contrario, la inscripción en letras góticas que revela la identidad de la santa supone un detalle arcaizante, pues en esas fechas las inscripciones ya se reservan fundamentalmente para cintas o filacterias parlantes (en escenas del tipo Anunciación) y no para la identificación de personajes.



Figura de María Magdalena. Siglo XV. Ermita de Nuestra Señora de la Huerta. Ademuz.

La situación de la efigie de la Magdalena en el intradós de un arco, en la parte más visible para los fieles que se encuentran en la nave central o que acceden al eremitorio, no hace descartable la existencia de un altar dedicado a la misma, situado en la nave lateral izquierda. Aunque no hay documentación sobre las advocaciones, sabemos que, además del altar mayor y los dos colaterales, existieron otros más repartidos por las dos naves laterales: uno de ellos bien pudo estar dedicado, desde antiguo, a María Magdalena.

La pintura descubierta en la ermita de la Huerta no es la única manifestación de una devoción que, al parecer, fue muy profunda hasta el siglo XVI en la villa de Ademuz. Esa devoción tuvo por escenario probado también la iglesia parroquial de san Pedro. Efectivamente, desde los primeros tiempos de existencia de la vieja parroquial de san Pedro intramuros, en la época de la conquista cristiana, ya se tiene noticia de la existencia de un altar dedicado a la Magdalena que, junto con el dedicado a san Jorge, constituyeron las dos primeras capillas de la antigua parroquial.

<sup>16</sup> ESLAVA BLASCO, R.: “La tabla de la Virgen de la Leche de Ademuz”. En *Ababol*, nº 19. Ademuz, 1999. Pp. 32-34.

Ambas advocaciones son significativas. San Jorge era el santo protector de la Casa Real de Aragón, cuyos monarcas habían ganado para la cristiandad la plaza musulmana de *Al-Dāmūs* (Ademuz) y sobre la cual tuvieron en lo sucesivo dominio pleno. Por su parte, la devoción a María Magdalena estaba muy extendida desde las tierras del Languedoc francés -de antigua influencia aragonesa- hasta el entonces joven reino valenciano.

La devoción ademucera de los primeros tiempos post-conquista hacia la Magdalena no se limitó a un altar dedicado en su honor. En 1325 don Gil Ruiz de Lihori erigía, con su testamento recibido por el notario valenciano Jaume Miralles, el *beneficio de santa María Magdalena* en la capilla homónima de la iglesia parroquial de san Pedro de Ademuz<sup>17</sup>. Dotaba su fundación con una renta de 260 sueldos en censales de la huerta de Ademuz, con la obligación del cura beneficiado de celebrar 50 misas anuales en la capilla citada. En el mismo año y en similares condiciones, doña Felicia de Aguilar, esposa de don Gil, instituía un segundo beneficio bajo idéntica advocación en la propia capilla de María Magdalena<sup>18</sup>. La presencia de esta linajuda familia en la villa está documentada por lo menos desde 1295, año en que Gil Ruiz de Lihori ostentaba el cargo de Baile Real de Ademuz<sup>19</sup>. Esa presencia tendría continuación en 1304, cuando Jaime II cedió los castillos de las dos villas históricas (Castielfabib y Ademuz) a Ruiz de Lihori en garantía del préstamo de 10.000 sueldos entregados por éste a la Corona, y se prolongaría hasta la muerte del caballero en 1326.

En resumidas cuentas, los dos beneficios eclesiásticos pioneros de la antigua parroquial de san Pedro intramuros, con los que se dotaba de dos sacerdotes suplementarios a la iglesia matriz, estuvieron ambos bajo la advocación de María Magdalena. La aparición de la efigie de la Magdalena de la Huerta viene a apoyar, en definitiva, la importancia de una antigua devoción en la villa y que en el siglo XV todavía estaba en plena vigencia.

## Conclusión

La ejemplar restauración de la pintura mural de María Magdalena de la ermita de Nuestra Señora de la Huerta, llevada a cabo por la Conselleria de Cultura, supone en primer lugar la recuperación de un elemento importantísimo de la larga historia del edificio. Si los ejemplos de la

---

<sup>17</sup> Para ver el sentido de los beneficios eclesiásticos en la comarca de Ademuz remitimos a: ESLAVA BLASCO, R.: *Vallanca y su patrimonio histórico-artístico religioso*. Vallanca, 2006. Pp. 116-117.

<sup>18</sup> ESLAVA BLASCO, R.: “La primitiva iglesia parroquial de san Pedro de Ademuz”. En *Ababol*, N° 16. Ademuz, 2001. P. 23.

<sup>19</sup> A.C.A. *Cancelleria*. Registro 106, f. 84 v.

influencia flamenca en tabla son abundantes en el ámbito valenciano, en soporte mural no lo son tanto, y he ahí la particularidad de la Magdalena de Ademuz. Ésta vendría a poner en evidencia, además, la movilidad de estos artistas por la geografía valenciana, presentes incluso en poblaciones alejadas de la capital del Turia, verdadero crisol artístico en el siglo XV.

Su descubrimiento y restauración supone indudablemente un paso más en la puesta en valor de nuestra ermita, ya desde hace tiempo maltratada, no sólo por el abandono, sino por también intervenciones equivocadas. Llamamos “ejemplar” a esta restauración porque ha sacado a la luz un elemento original del edificio, lo que incrementa el valor histórico-artístico del mismo, cosa poco corriente en las intervenciones en el patrimonio comarcal que, hasta ahora, han tendido por lo general a ocultar esos mismos elementos originales, e incluso a la mutilación, con la consiguiente pérdida de valor de los edificios intervenidos.

El hallazgo de esta importante obra junto a la existencia de otra similar, que permanece todavía oculta en el arco paralelo, hace pensar en la hipotética existencia de un programa iconográfico de mayor amplitud. Por ello, hemos de subrayar la conveniencia de que los trabajos tendentes a sacar a la luz esas pinturas tenga una continuación en un futuro inmediato, con la misma pericia, esmero y profesionalidad que la Conselleria ha llevado a cabo esta primera parte. La continuación de los trabajos restauradores<sup>20</sup> devolvería definitivamente el esplendor a uno de los edificios histórico-artísticos más queridos y representativos de la comarca del Rincón de Ademuz.

© Raúl Eslava Blasco  
Valencia, 22 de julio de 2006  
(Onomástica de María Magdalena)

---

<sup>20</sup> A nuestro juicio, se hace necesaria y urgente una restauración integral del edificio que ponga en valor sus diferentes partes, testigos de los diversos momentos estéticos por los que ha atravesado. Conveniente sería la recuperación de la piedra original de las tres naves (siglo XIV) y sus pinturas originales (siglo XV), la restauración de las dos capillas laterales con sus interesantes bóvedas (siglo XVI), del presbiterio (siglo XVII) y de la capilla de san Antón (siglo XVIII). Siempre teniendo sumo cuidado en recuperar y resaltar los elementos existentes, característicos de cada uno de estos espacios.